

Relatos para no olvidar

en 500 palabras

Comisión de Derechos
Humanos y Género

Asociación Nacional de
Magistradas y Magistrados



ASOCIACIÓN NACIONAL DE
MAGISTRADAS Y MAGISTRADOS

Hacer memoria es un fenómeno social y colectivo, decisión de personas, comunidades o pueblos de recordar hechos, preservarlos de diversas formas y construir una historia propia.

Hacer memoria es un derecho. Es un derecho colectivo que va unido al derecho a la cultura, a la educación, a la información, a la no repetición y a la reparación integral del daño.

El derecho a la memoria surge como una necesidad vital para hacer efectivo el respeto de los derechos humanos y evitar que en el futuro las violaciones se reproduzcan.

Cuando se vulnera el derecho a la memoria, no sólo se viola el derecho de la víctima de la represión y sus familiares, sino que a la sociedad en su conjunto.

Como Asociación Nacional de Magistradas y Magistrados **tenemos el imperativo ético de respetar y promover los derechos humanos, dentro de los cuales se encuentra el derecho a la memoria;** lo que conlleva un compromiso a ejecutar acciones que nos permita a efectivizar este derecho. Por ello también asumimos el compromiso de colaborar con el recién lanzado Plan Nacional de Búsqueda, como un acto de reparación y memoria.



MAÑANA RELATO

Leonardo Llanos Lagos. Juez del 1° Juzgado Civil de Talcahuano.

El 12 de diciembre del 91 cumplí 10 años. Esa mañana les recordé a mis padres acerca de una tradición instaurada recién el año anterior por el paterfamilia; ir a comer completos al Dino's. La respuesta fue un lacónico "No puedo, mañana relato". Esa frase la escuché muchas veces durante mi niñez y constituyó un constante óbice a nuestra cotidianidad.

Relatar era mucho más que relatar, era un estado anímico que se traspasaba a toda la familia y se sentía en el aire. Consistía en no meter ruido, bajar el volumen de la tele, viajes intempestivos a la Corte a buscar "las agregadas" y un largo etc. que me provocó un rencor perenne contra aquel cargo perteneciente al "Escalafón de los auxiliares de la Administración de justicia".

Ese día en la tarde, para matizar la negativa matutina, el relator regresó con los ingredientes para preparar completos y una bebida de litro y medio -comprados en Las Brisas-. Torta no hubo ya que sería un exceso comer pastel el día del cumpleaños y también el día de la celebración del mismo al sábado siguiente, derroche no permitido para los funcionarios públicos que acechaban a Francisco Cumplido para que mejorase los ascéticos sueldos de la época.

El completo, aparte de chucrut y mayo añadió además una justificación expresada solemnemente en el comedor: "Mañana relato una causa que viene de Lautaro, una resolución del Loco Alfaro que sometió a proceso a unos pacos por un asunto ocurrido después del golpe". El desinterés familiar acerca de la explicación obligó a complementar: "La sala la integrará Torito, la Sra. Margarita y el pelao Mondaca". Recién ahí, conociendo el carácter fuerte de la ministra, la familia se compadeció -una vez más- del relator.

Pasó el tiempo, pasó el cargo de relator y sus desdichas; en Chile comenzó un lento tránsito hacia la justicia restaurativa coronado por el sometimiento a proceso del General, las condenas a los encargados del trabajo sucio y el rechazo -casi- unánime a las atrocidades cometidas en dictadura.

Pero nadie recuerda que esto principió en el Juzgado de Letras de Lautaro, tribunal denostado incluso por su categorización en la ley: "de simple comuna". El 13 de diciembre se vio en la Corte de Temuco -previa relación del padre del autor- el sometimiento a proceso de dos carabineros y un civil por hechos constitutivos del art. 141 del Código Penal ocurridos en 1974. La sala acogió la tesis del Loco Alfaro y de paso borró la pasividad de los tribunales respecto a hechos similares. Se estableció por primera vez el carácter de delito permanente del secuestro y la consecuente inaplicación del DL de amnistía.

Luego vinieron Garcés, Garzón, Guzmán Tapia y tantos otros que se atribuyeron la victoria pírrica en materia de DD.HH., pero lo cierto es que este relato comenzó en un Juzgado de simple comuna -decisión ratificada por una Corte provinciana- y que de paso, frustró mis expectativas de comer completos en el Dino's el 12 de diciembre del 91.

CHILE, LA TIERRA PROMETIDA

Luz Adriana Celedón. Juez del 1° Juzgado de Letras del Trabajo de Santiago.

Nací en prisión. El mismo día que comenzó el Consejo de Guerra contra mi mamá y mi papá. Después de 551 días la cárcel de mi papá fue sustituida por el exilio. Crucé por primera vez la cordillera rumbo a Holanda. Tenía 1 año y 10 días.

De ese viaje no tengo recuerdos. Solo lo que me contaron. Que estaba muy molesta con la presencia del papá, porque ya no podía dormir con mi mamá y él me tuvo que explicar una y otra vez quién era.

Crecí con una maleta debajo de la cama, sabiendo que volvería apenas se pudiera. Chile era la tierra prometida, la patria que añoraban mis padres y por lo tanto, yo también. Del viaje de regreso tengo múltiples recuerdos. Principalmente el dolor al dejar a la patria que nos había acogido, mezclado con la profunda emoción por regresar a Chile, la tierra prometida.

Recuerdo los aplausos de quienes nos acompañaron al cruzar policía internacional en SCHIPHOL y aún me duele recordarnos a los hijos e hijas, llorando.

Volví a cruzar los Andes. En mi corazón resuenan las palabras y la emoción contenida cuando el papá miraba por la ventana del avión reconociendo las altas montañas de nuestra Cordillera, exclamando que lindo es mi país.

Todavía siento el miedo que tuve al ver al primer carabinero. También recuerdo los aplausos y las lágrimas, esta vez de bienvenida en el aeropuerto de Pudahuel. Fue el 16 de agosto de 1983 y ahora éramos mi papá, mi mamá, 9 hermanos y 9 bicicletas.

El destierro es un peregrinaje para siempre. Después de regresar, nuestros padres volvieron unos meses a Holanda a cerrar la casa, renunciar a la condición de refugiados y otros trámites para no volver. Como en Chile no había casa que pudieran recibir a todos los niños, fuimos repartidos en casa de distintos familiares.

Chile no era la tierra prometida. No me reconocía como una de los tuyas. El miedo se respiraba en el aire. El miedo en una sociedad herida. Nos costó años integrarnos.

Esta experiencia me formó y caló hondo en mi comprensión del mundo, en entender la necesidad de escuchar y comprender el valor de las diferencias.

Por eso puedo decir la dictadura marcó mi vida de un modo profundo e imborrable.



LOS OJOS DEL TATA

Vanessa Letelier. Jueza del Juzgado de Garantía de Rengo.

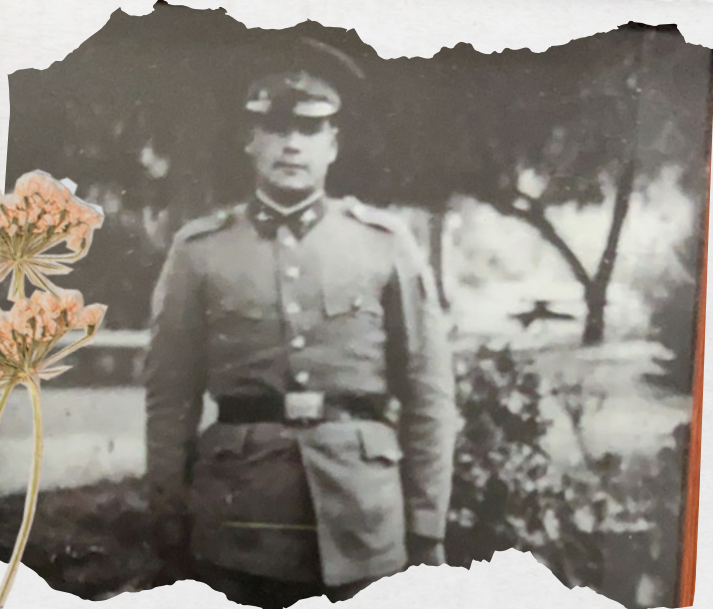
No lo conocí en mi infancia lejos de la capital, pero el año en que nació, él sintió un profundo dolor, tan grande que no solo lo marcaría a él para siempre sino también el fantasma de la muerte, como dice la canción caería sobre su esposa, hijos y sin saberlo yo en ese entonces, necesariamente en las dos joyas de mi corona.

No lo conocí en mi infancia pero hace veinte años que formo parte de su familia, desde que mi Florcita y la primera en hacerlo... lo llamó Tata.

Él no lo sabe, pero siempre me ha parecido una persona interesante, así. Detrás de ese caballero de no muchas palabras, de ese señor serio, siento latir un corazón sobreviviente de mil batallas pasadas, presentes y tal vez futuras, varias veces al borde de la muerte, y las mismas veces vuelven a brillar los ojos oscuros del Tata, siempre con la consigna... "Tengo que ver crecer a mis nietos"... y yo pienso... tal vez es un deber luchar por esos nietos que la vida le dio, y que quien cuya partida causó ese gran dolor de juventud nunca podrá hacerlo.

Nunca se habla de él, casi nada se sabe, tampoco me pareció prudente preguntar... supe que su mamá después de llorar días y años, murió sin saber nada y pensé (después de ver la película Coco), nadie se acuerda de él, va a desaparecer. Pero hace un tiempo, en el "mueble de las fotos" había una nueva, y al preguntar ¿quién era?, oí de lejos... el hermano del Tata que desapareció... Esa simple respuesta resonó en mi corazón. Ahí estaba, nunca había desaparecido del corazón del Tata, ahí estaba, con un marco nuevo, ahí estaba Enrique, en blanco y negro, luciendo orgulloso, irónicamente su traje de soldado.

Dentro de otros, lo relatado me ha servido para analizar las diferentes miradas, lo que no se habla pero sí se expresa de otra forma, ampliado mi criterio en los distintos enfoques.



APORTE ANÓNIMO

Septiembre de 1973, 3° Básico Escuela N°22 de Angol.

El director Sr. Agurto detenido, el padre de Juan Dubois, mi compañero de banco, médico, detenido. En casa temor.

Mi amada profesora Isabel Sagristá, cómo lo permitió, nunca lo sabré. Llegó con unas personas, no recuerdo si hombres o mujeres o ambos. Nos eligieron a varios/as. Nos llevaron a la bodega de la cocina, nos desnudaron, algunos chicos lloraban. Estuvimos mucho tiempo, posiblemente algunas horas porque llegó otro grupo con los estudiantes de la jornada de tarde. Nos pintaron todo el cuerpo con un líquido de color blanco, las brochas estaban frías. Dijeron que era lindano, primera vez que oía esa palabra, dijeron que era para desinfectarnos.

Esa fue la primera vez que caminé de regreso sola a mi casa.

Lo último que recuerdo es que lloré mucho, no por mí que no entendía qué había sucedido, sino porque ese día también envenenaron a nuestro perro.

Mi padre era el juez del pueblo.



UNOS PENDIENTES

Carlos Muñoz Sepúlveda. Juez del 14° Juzgado de Garantía de Santiago.

¿Es de día? Al parecer, pero no tiene certeza. No es posible saberlo. La habitación, sus tintes y olores no ayudan. Más bien confunden. Entonces divaga, no, viaja. Sus pensamientos se instalan en los rompientes de Calfuco y en esa unión salvaje de mar y viento; o en la playa de Curiñanco y los gaviotines buscando desesperados pulgas de mar. Y logra apenas el objetivo porque la realidad se impone. Despierte reina, no ve que así no funciona la cosa. Sus clases de gimnasia en el Liceo. Despierta mierda te dicen. La Feria Fluvial y los cormoranes, los pelícanos.

Mira, la porfiada. Te apuesto a que ahora sí te despiertas. Tus manos, tu boca, tu amor. Aprovecha y arráncale los pendejos. Tu risa, tus besos. Resiste amor, yo lo hago. Estos comunistas son todos iguales. No soy comunista, soy socialista. ¿Qué dijiste? es tu saliva tibia en mi cuello en la habitación del Hotel Pedro de Valdivia, no es sangre. No quería una birome reina, ahí tiene tinta.

Pero si no valen nada esos pendientes, no discierne si es su voz o es sólo un pensamiento. Ya tengo regalo para mi pierna. Y ahora está sola, ¿cuánto tiempo ha pasado?, minutos, horas, no importa de verdad. Su cuerpo reclama de dolor y la sangre aún fluye de sus heridas. Busca el papel, un plano blanco de revista que está al lado del retrete. ¿Ritmo era?, y escribe. Su dedo índice y su sangre le permiten crear la palabra: resiste. Nunca llegará a su destino. La penumbra de esos días le vuelve a veces, como ahora. El relato descarnado golpea y aturde. La tengo al frente.

Mi café se enfría, el de ella también. Mi mirada mecánicamente se dirige a sus orejas y ahí están los restos del colgajo que le dejaron los torturadores. Mi voz atina a un absurdo lo siento. Y sus ojos se posan en los míos, no hay lágrimas en ellos. Sólo convicciones. Y su boca emite un sonido que hasta hoy se replica en mis días: justicia.

A la memoria de Leda Santibáñez.

HISTORIA 1 DE 1973

Marta Graciela Sepulveda Vilugron. Jueza del Juzgado de Cobranza Laboral y Previsional de San Miguel

¿Redactar esta historia me cuesta mucho, por tratarse de personas cercanas a mí... Yo tenía 17 años, iba a cumplir pronto la mayoría de edad. Y una tarde a mi casa llegó un joven melenudo, como si viniera a vernos un amigo o compañero del colegio, era un primo, hijo de una hermana de mi padre, un poco mayor que yo, tendría 23 o 25, no lo sé exactamente, estaba casado y su esposa estaba esperando a su primer hijo.

Pasó unos días con nosotros, siempre procurando que nadie lo viera, ya que no podíamos confiar en nadie, los vecinos podían dar aviso de que había un extraño en esta casa y eso era muy peligroso.

Era el Director de la Casa de la Cultura de Coya, un intelectual, un artista y en esos días se encontraba a cargo de una exposición que se efectuaba en la Untad. Cuando pasaron los primeros días del toque de queda y él consideró que debía presentarse y recuperar las cosas que estaban a su cargo en la exposición, lo hizo... y fue detenido.

Fue llevado a un recinto Militar en Rancagua. Coincidentemente, quien estaba a cargo de ese lugar, estaba casado con una prima, hija de una hermana de mi madre, ellos no se conocían... pero en nuestra desesperada búsqueda sentimos alivio al saber que estaba con alguien a quien podríamos preguntarle qué estaba pasando. Hablamos con mi prima y ella que también estaba embarazada de su primer hijo, le suplicó a su marido que los ayudara.

El comandante de ese recinto Militar, llamaba a diario a este detenido, para interrogarlo en su oficina y a la misma hora iba su mujer a visitarlo con una amiga, que al igual que ella estaba embarazada, logrando de esta forma, que pudieran verse, estar juntos y conversar sobre lo que estaba pasando.

Pasaron muchos, muchos días y al final al no existir reales cargos contra él, fue dejado en libertad, pero ya no podía seguir haciendo lo que hacía, cómo tantos, había pedido su trabajo y difícilmente podía encontrar como continuar sus actividades, ya que donde quiera que fuera, en cuanto sabían que había estado detenido, se cerraban todas las puertas.

Finalmente, se fueron del país... al exilio.

HISTORIA 2 DE 1973

Marta Graciela Sepulveda Vilugron. Jueza del Juzgado de Cobranza Laboral y Previsional de San Miguel

La historia que cuento, no es propia, pero conozco a su protagonista.

Era el año 1973 y un joven que iba camino a su casa, fue detenido por encontrarse en la calle durante el toque de queda, lo subieron a un furgón con varias personas que estaban en la misma circunstancia y el vehículo continuó con su recorrido.

De pronto se detiene y escucha que el oficial a cargo se baja y golpea en una casa, sale una persona y a viva voz le pregunta por "fulano de tal". Le dicen que no se encuentra, entran, revisan y no lo encuentran. Continúa el recorrido, pasa casi toda la noche, buscando a distintas personas en varios domicilios y recogiendo a todo aquel que está sin autorización en la calle, infringiendo el toque de queda.

Ya casi al amanecer, llegan a la Comisaría y bajan a todos, los que van apiñados dentro del furgón. Los dejan a cargo de la guardia, les ordenan hacen hacer una fila y uno a uno se van acercando al oficial a cargo, quien tiene un libro, donde va anotando todos los nombres de los que están en la fila.

Llega su turno y le preguntan "...nombre..." y asustado contesta "fulano de tal" el oficial toma nota en el libro y le consulta al próximo "...nombre..."



HISTORIA 3 DE 1973

Marta Graciela Sepulveda Vilugron. Jueza del Juzgado de Cobranza Laboral y Previsional de San Miguel

De niño jugando a la pelota en la cancha del barrio, lo apodaban "chacalito" jugaba rudo, era bueno para las patadas, directo al hueso. Muchas veces perdió la ropa dejada al borde de la cancha por tener que salir corriendo, cuando el partido se complicaba y llovían los combos.

Cuando creció, a pesar de no jugar más a la pelota, se le quedó el apodo, lo que le trajo grandes dificultades en el año 1973. Al parecer buscaban a Nelson Villagra, conocido actor que interpretó al Chacal de Nahueltoro, alguien del barrio seguramente entregó la información, de que su apodo era "Chacalito" razón por la que un día cualquiera mientras se duchaba en la mañana, para irse al trabajo, se corrió la cortina, con la punta de una ametralladora.

Con una capucha en la cabeza y las manos amarradas atrás, se lo llevaron detenido, nunca supo que rumbo tomaron, ni a dónde lo llevaron, solo recibió golpes y malas palabras, interrogatorios donde le preguntaban por cosas que desconocía y por consiguiente más golpes eran cosas de todos los días, le exhibían fotografías "¿conoces a éste?" Sí, contestaba "¿de dónde lo conoces?" Lo vi en la Tele, respondía... lo que por supuesto traía nuevos golpes... así pasaron interminables días.

Una mañana, mientras estaba como siempre con la capucha sobre el rostro, entró un oficial y le dijo "...te vas..." al comienzo pensó que no era cierto y esperó que le llegara como siempre un golpe. Esta vez no fue así... estiró su mano y le dijo "...sin rencor..." y sucedió lo inesperado, el oficial le dio la mano.

Luego sin sacarle la capucha lo subieron a un camión. Al subirlo alguien dijo "... a este déjalo en el camino..." adentro había varias personas, seguramente también estaban encapuchadas, comenzaron a hablar y se iban reconociendo, dando nombres o apodos. Cuando llegaron a él, no supo qué decir... él no conocía a nadie y nadie lo conocía, recibió de ellos una gran pateadura, seguro pensaban que era un soplón.

Después de andar un rato se detuvo el camión y se abrió la puerta, de un empujón lo tiraron abajo, encapuchado y con las manos atadas en la espalda, pensó que lo iban a matar ahí y se quedó quieto... esperando el final, pero sintió el ruido del camión que se alejaba y supo que estaba libre.

Nunca olvidó esa voz, la altura de la que venía y esa mano que pertenecía a ese oficial que lo interrogaba y golpeaba día tras día... guardó ese recuerdo en algún rincón de su memoria y nunca volvió a pensar en él.

Hasta que un día, mientras realizaba una actividad deportiva en la que tenía varias personas a su cargo, escuchó a sus espaldas esa misma voz, lentamente se giró, había varias personas, pero supo de inmediato que lo había encontrado.

Se acercó, le extendió la mano y al momento de estrechar su mano le dijo "...sin rencor..." el hombre, se dio vuelta y desapareció...

LA DICTADURA EN LA ZONA DEL CARBÓN

Cristián Alarcón Manríquez. Juez del Juzgado de Familia de Concepción.

Nací en Coronel el 14 de junio de 1974, mis padres se casaron en octubre de 1973 bajo toque de queda. Mi padre minero del carbón, mi madre sastre y dueña de casa. Crecí oyendo hablar de Salvador Allende como el presidente del pueblo, el compañero Presidente y de Pinochet como el jefe de la Junta que a través de un golpe militar provocó el derrocamiento de su gobierno. Conviví con vecinos y habitantes de la zona del carbón que fueron detenidos, torturados, asesinados y desaparecidos. Crecí entre protestas al régimen militar. Recuerdo que desde mi primer año de estudio, cuál ritual de regimiento, en la escuela pública del barrio tuve que formar día a día en el patio del colegio y entrar en formación a la sala de clases, asistir con el pelo corto y los días lunes y vísperas de feriados izar la bandera y entonar el himno patrio con la estrofa dedicada a los valientes soldados. Durante toda mi educación básica y hasta llegada mi adolescencia pensaba que todos los presidentes usaban uniforme militar y estaban en el gobierno hasta su muerte, en forma vitalicia. También era habitual ver abruptamente interrumpida la programación de la televisión para oír hablar a Pinochet por cadena nacional en contra del Marxismo-Leninismo.

Ya de adolescente viví y estuve en las protestas contra el régimen militar, palmé y sufrí la represión, la censura y no poder expresar públicamente mi opinión ya sea política o ciudadana. Vi a compatriotas caer producto de las balas disparadas a quemarropa por carabineros o agentes de la CNI. Recuerdo dentro de los pocos espacios de distracción y esparcimiento que el régimen permitía, haber asistido al recital de Los Prisioneros en el gimnasio el Carbón de Coronel. Un recinto deportivo que ya no existe y que estaba ubicado al costado poniente de la plaza 21 de mayo, y un recital que después de un tiempo de iniciado tuvo que terminar abruptamente por el hostigamiento de carabineros en contra de los asistentes, a los cuales reprimieron sin motivo alguno a través de golpes, lumazos y bombas lacrimógenas. También recuerdo el actuar desesperado de Sebastián Acevedo quien al no saber dónde se encontraban sus hijos detenidos por la CNI, en un acto desesperado por obtener respuestas se roció con parafina y se quemó a lo bonzo frente a la catedral de Concepción. Y ver cómo en su velatorio en la parroquia de Villa Mora en Coronel, con la iglesia repleta de asistentes, ésta fue cercada por efectivos militares, haciendo ingreso a la misma botando el féretro que contenía sus restos, reprimiendo a los asistentes, ante el dolor de sus deudos y de la comunidad. 1988 fue un año importante ya que entre el rock latino y las concentraciones la unión ciudadana permitió decir NO a Pinochet y la continuación de su régimen dictatorial.

Hoy sin lugar a dudas puedo decir que la dictadura marcó mi vida, mi niñez, mi adolescencia y mi compromiso por la vida y los derechos humanos.

LOCO HORACIO

Patricia Seguel. Jueza de Familia de Iquique.

Siempre vestido de blanco, con un cintillo en la cabeza con la imagen que portaban los kamikazes, como preparado para la guerra.

Con una sonrisa en la cara y el saludo a flor de labio, con un rostro cansado y gastado por el sol, la sal y la brisa del norte.

Todo el pueblo lo conocía y era amigos de todos.

Cercano y extraño, errante por distintos lugares, sin un punto fijo, caminaba siempre cargado de relatos difíciles y casi extraordinarios, para una mirada apresurada y un oído sordo.

Conocido en el pueblo por su locura, esa que quedo después de ser torturado, como comentaban algunos.

Hablaba de varios viajes, lugares indefinidos, de un complot en su contra, de que pronto los rusos lo vendrían a buscar, del dolor que sintió cuando lo forzaban y de las cicatrices que quedaron en su cuerpo de cuando lo electrocutaban en el centro de detención.

Contaba trozos de una vida pasada, de sus estudios de letras e historia, de una familia desaparecida y de una soledad persistente.

Mes a mes me relataba fragmentos de su vida, sentado en mi oficina, solo necesitaba que alguien lo escuchara.

No es un loco, es un sobreviviente de la dictadura.

Un ser como muchos olvidados, que la tortura cercenó su vida, marcó su devenir y manchó su historia...

Saludos Loco Horacio, espero que sigas en las calles de Chañaral.



ISLA QUIRIQUINA

Rubén Sanhueza Gomez.

Es un tanto largo el muelle para desembarcar en la Isla y fueron llegando uno a uno los prisioneros mirando al mar. Detrás suyo había un soldado con el rifle listo para disparar. Cuando llegó el prisionero que me correspondía custodiar me miró de reojo y se me doblaron las rodillas. Fue una mirada tierna que yo conocía muy bien y que tenía grabada en mi corazón. Se me cayeron las lágrimas y me puse a temblar.

¿Qué le pasa, soldado que se le va a caer el arma? Me gritó el sargento. Pasa, le contesté, que estoy apuntando a mi padre. Y ya no pude sujetar el llanto. Me cambiaron de lugar y, de reojo, miraba a mi viejo en cuyas piernas tantas veces jugué al caballito cuando él estaba sentado y me abrazaba. Si lo matan, me mato, me juré a mí mismo, no sin antes matar a alguno de mis superiores. Se los llevaron de allí en el remolcador, ¿adónde? Vaya uno a saber.

Mi padre fue un hombre tranquilo, muy cariñoso, muy trabajador, muy amoroso con mi madre, la cual cuando me correspondía visita me informó que nada se sabía de él. Nadie sabía nada. Hoy tampoco, tan sólo figura en la nómina de detenidos desaparecidos que está en el Cementerio de Concepción donde un día encontré su nombre. De nuevo al leerlo se me humedecieron los ojos y volvieron algunos recuerdos. Un profesor tomecino era torpe para subir los cerros a que se obligaba a los detenidos. Un soldado, para apurarlo, le dio un culatazo en la espalda y el profesor cayó muerto. Tenía una librería y era muy querido por sus colegas.

Yo fui sorteado para formar el pelotón que por sentencia de un Consejo de Guerra debía fusilarse a dos extremistas. Ser dirigente sindical era ser extremista. Yo apunté y disparé a cinco centímetros por sobre la cabeza de uno de ellos. Nunca me arrepentí. El condenado se parecía a mi padre.

A mi teniente que era OM, o sea que no pasó por la Escuela Naval, le gustaba mucho salir a farrear gratis y un asistente debía acompañarlo como guardaespaldas. Una vez no le abrieron la puerta de un prostíbulo donde iba a beber, a bailar y acostarse con alguna de las asiladas y comenzó a derribar la puerta. Entonces salió el regente y le aforró un garrotazo dirigido a su cabeza; pero alcanzó a poner su brazo derecho y se lo quebró. Tomé detenido al autor y lo llevé preso con bala en boca. Mi teniente fue al hospital donde lo enyesaron y el detenido fue entregado a Investigaciones, harto machacado porque siendo conocido como "el rey del hampa porteña", recibió una pateadura que la recordaría siempre. Lo más anecdótico es que en la Policía no pudo controlar el esfínter y se hizo de todo. Y así lo llevaron al tribunal que quedó pasado a caca pese a que la jueza Sara Herrera mandó que primero lo bañaran.



QUEBRADA HONDA

Rubén Sanhueza Gomez.

“Los Consejos de Guerra fueron un circo y los abogados que participamos en ellos fuimos los payasos”. Esta afirmación se contiene en el libro TE RECORDAMOS QUIRIQUINA, escrito por el Dr. Seelmann en combinación con el Capitán de Corbeta Octavio e Hijos Moya, quienes estuvieron como prisioneros de guerra en la referida ínsula. Se me atribuye haberla dicho yo, lo que es verdad, opinión que no varió con el paso del tiempo.

La vida me llevó a trabajar como Juez en Talca, cansado del frío puertomontino y allí conocí al Procurador del Número de apellido Muñoz, a quien traigo a colación. Nombrado por el Colegio de Abogados de Concepción, cuyo presidente era Hugo Tapia como defensor en el primer Consejo de Guerra que se llevaría a cabo en la Fiscalía Naval de Talcahuano, oficina que yo conocía muy bien pues yo defendía a civiles y marinos procesados por la Justicia Naval cuyo Fiscal era Fernando Jiménez y el Auditor Mario Duvauchelle de quienes me sentía amigo. Los imputados de graves delitos tipificados en la Ley de Control de Armas eran primitivamente 4 pero a la audiencia llegaron 3 porque el cuarto no resistió los interrogatorios. Los otros defensores fueron Alfredo Toloza Chávez y Luciano Salgado Alegría lo que me llevó mucho tiempo en entrevistas con el acusado y el estudio de la ley penal militar. Fueron condenados a 22, 23 y 24 años y, dictada la sentencia, yo los acompañé hasta el lugar de su prisión, una casa habilitada frente a la entrada a ASMAR. Ingresé a su dormitorio y se abrazaron y lloraron largo rato, porque suponían que los iban a fusilar. De suerte que quedaron contentos por lo que me retiré del lugar.

A la mañana siguiente, llegando a mi oficina, un amigo me grita: Rubén, los mataron”- Detuvo su citro y me cuenta que llevados a la cárcel de Tomé a cumplir su sentencia, el Alcaide se negó a recibirlos, pese a la amenaza de ser fusilado. Así es que los trajeron de vuelta a Talcahuano, en la parte de atrás de una camioneta, amarrados con alambres de púas y según versión del personal naval, en la llamada quebrada Honda pretendieron darse a la fuga por lo que debieron dispararles y fueron muertos.

Conversando el asunto con Muñoz me dijo: Yo era el Alcaide de la cárcel de Tomé. Yo me negué a recibirlos porque eran moribundos, guiñapos, machacados y quebrados en todo el cuerpo y era obvio que se me iban a morir y yo sufriría el Sumario Administrativo que me costaría la carrera. Y pese a las amenazas, no los recibí”.

Un pequeño suelto en el Diario EL SUR del día siguiente daba cuenta que tres condenados pretendieron fugarse en camino a Tomé por lo que fueron muertos.

Yo participé en otros 41 Consejos de Guerra. Siempre se me respetó como abogado y eso lo reconozco. Aunque los resultados de mis defensas estuvieran lejos de mis pretensiones



EN ESTUDIO PARA EL RELATOR

Anónimo.

Son dos carros atiborrados de expedientes. Treinta y cuatro tomos, ocho mil quinientas sesenta y dos fojas antes de arribar a la sentencia definitiva. Definitiva, pero no final. La causa ha sido apelada, se ha elevado a esta Corte de Apelaciones, y me ha sido asignada para su estudio y posterior relación.

Son hechos ocurridos en septiembre del año mil novecientos setenta y tres. Fecha lejana en la que aún no había nacido. Casi cincuenta años, dieciocho mil doscientos cincuenta días. Algo así como escribir media foja diaria de este expediente. Dicen que la justicia tarda, y vaya que tarda... pero llega.

Leo contra el tiempo, pero en la tranquilidad de estas cuatro paredes que muchos habrían deseado tener. La mascarilla me acompaña, pero esta vez para evitar alergias del polvo escondido entre los pliegues del expediente. Examino declaraciones, partes, informes, listas, pericias, fotos y planos, piezas de un puzzle que ha congelado el tiempo. Estudio sin olvidar las clases de derecho procesal, las historias de mis profesoras juezas del crimen, de indagatorias y careos, de constituciones en el sitio del suceso. Están aquí los términos que dejaron atrás los procedimientos orales: el auto de procesamiento, la libertad provisional, el secreto del sumario y la publicidad del plenario.

En el silencio del papel está escrita la historia que nos define. Son las sentencias judiciales las que establecen la verdad, y la verdad es irrefutable. Es la verdad que impacta, que duele, que nos arrastra a lugares conocidos y cercanos, esa verdad que no se puede olvidar. Es la verdad la que me transporta a mi propia infancia protegida, a mi padre, sus libros escondidos, su silencio ante aquellas preguntas que nunca hice y que ahora no puede responder, su respeto a la ley que me dejó impregnado, y que me obliga a transmitirle a mis hijos el por qué el derecho debe ser justo. Pienso en el dolor de las víctimas que irradian este expediente, pienso en que el tiempo no lo cura todo y en que ojalá se cumpla el nunca más.

Como si fuera una ceremonia retiro lentamente los últimos tomos de los carros. Son días que transcurren en tensa calma. Pienso en cómo abordar un relato tan extenso, evitando omitir aspectos importantes y centrándome en el frío hecho típico, antijurídico y culpable, en las agravantes, atenuantes, en la prescripción, en la determinación de la pena y en la demanda civil. Pienso que tantos años merecen un esfuerzo adicional. Pienso en la porfía de muchos familiares de víctimas que todavía están sin respuesta, pienso en el buscar y en el no claudicar. Pienso en la democracia, en los derechos humanos, en rol del Poder Judicial como garante de éstos, y en el pequeño grano de arena que cada uno de sus miembros podemos aportar a la paz social y al entendimiento.

Pienso en mi trabajo realizado, y en aquellas historias que nunca se olvidan.



RECUERDO CON OJOS DE NIÑA

Patricia Seguel. Jueza de Familia de Iquique.

Sentada en las piernas de mamá, para mi era un lugar seguro, nos dirigíamos no se a dónde, mi papá conducía nuestro vehículo inmóvil, nadie decía nada, pero se respiraba un aire espeso. Yo solo veía que seguíamos un camión con hombres grandes, vestidos de militar, que nos miraban con rabia y nos apuntaban, para mi eran una tubos largos de color oscuro. En esa época no conocía las armas, ni sabía lo que era estar detenida toda una noche por llegar tarde unos minutos a tu hogar, menos conocía lo que significaba un toque de queda, pero lo aprendí a mis pocos años.

Tengo imágenes difusas de esa noche en mi memoria, mas sentimientos claros y fríos. Se que me dormí en brazos de mi madre, con una sensación amarga. Ella preocupada, no pestañeo en toda la noche esperando que mi padre volviera. A la mañana siguiente desperté ya en casa, afortunadamente al lado de papá y mamá, suerte que no todos tuvieron.

Crecí viendo la mirada triste y temerosa de mis padres, algunos libros y cassettes escondidos en un rincón de mi casa. La familia hablaba en voz baja, y algunos parientes se despedían para no volver a verlos.

Recuerdo ver desde las alturas, desde los hombros de mi padre como algunas personas tímidamente se iban reuniendo, se escuchaban discursos de esperanzas, voces ocultas que resaltaban desde la multitud, a veces todos gritábamos con entusiasmo, pero luego todo de dispersaba y ya no podíamos decir nada, eran silencios cómplices.

Eran tiempos difíciles para una niña curiosa que pedía explicaciones y hacia muchas preguntas, como decía mi papá, tiempos incomodos para una niña con buena memoria que seguía cantando las arengas que escuchaba en lugares que resultaban ser inadecuados, y que rápidamente eran reprimidos.

En mi hogar siempre existió la esperanza de saber dónde estaban tantos amigos y conocidos que quedaron en el camino, pensando en que los miedos no podían ser eternos, en que los llantos escurridizos debían terminar, anhelábamos que volviera la alegría, la paz y la democracia, como tanto se repetía en la clandestinidad.

Crecí pensando en el valor de la verdad y la justicia, en la necesidad de ver al otro, en el respeto.

Mi ingenuidad me llevó a responder con vehemencia y seguridad que "el Poder Judicial no había cumplido con su deber en tiempos de dictadura" y me llené de miradas de desconcierto, desagrado y disconformidad ante la comisión que realizaba la entrevista final de admisión en la Academia Judicial, salí con la convicción y tranquilidad que solo te da la consecuencia de tus actos, pero segura que ese no sería mi lugar.

Desconozco cómo el destino juega sus cartas, pero hoy soy parte del Poder Judicial, mantengo mis convicciones y siento la necesidad de actuar...

EL ALMACENERO DEL PUEBLO

Verónica Toledo López. Jueza del 14° Juzgado de Garantía de Santiago.

En Septiembre de 1973 tenía 5 años y vivía en un pueblito llamado Villa Prat, camino a la costa de Curicó, VII Región. Mi mamá era profesora de la escuelita rural, mi abuela la practicante encargada del Hospital Rural. El pueblo era una calle larga con casas a cada lado, donde en verano el único sonido que interrumpía el silencio post almuerzo, eran los cantos de los gallos desfallecientes de calor. Los vecinos se conocían, la señal de televisión no llegaba a todas partes del pueblo porque el cerro El Pequén la bloqueaba y mi única entretención era leer diarios y revistas viejos y usados y aprender a hilar con huso, gracias a la abuela Tola, que me enseñaba mientras veíamos teleseries mexicanas.

Recuerdo a mi mamá asustada diciendo "pasó el camión de los milicos hacia arriba", vaya a saber por qué "arriba" si la calle era larga y plana. En mis recuerdos el camión militar verde está parado frente a la casa de mi padrino, en la calle de ripio, un día soleado, cuando todos los gallos del pueblo se ponían de acuerdo para protestar por el calor, invitándonos a ir a dormir siesta, por la languidez de sus quiquiriques.

Recuerdo haberme asomado a la ventana a mirar, al instante mi mamá me tiró hacia atrás y cerró la cortina. No debía mirar. ¿Por qué el miedo? ¿Por qué a esa hora teníamos que estar encerrados sin poder andar en bicicleta?

Mi padrino era dueño de un almacén, un señor bajito, rechoncho, medio calvo, ojos risueños y sonrisa amable. Tenía el cargo oficial de "proveedor de guagüitas", me las vendía y me daba "yapa", incluso cuando yo le pagaba con escudos, estando ya vigente el peso, él recibía circunspecto a su mejor cliente de "guagüitas"; Cómo está la señorita?, ¿Qué se le ofrece hoy?

Luego envolvía la preciada compra en un cambucho de papel, le daba mágicas vueltas a las orillas y me la extendía.

Mi padrino ese día se fue en el camión verde, no se le vio en muchos días. Hasta que mi abuela fue llamada a la casa de mi padrino a hacer una visita y fuimos con ella. Al llegar pasamos a un dormitorio y en la cama vi a una persona con vendajes en la cabeza, sus ojos estaban tan hinchados y azules que no los podía abrir, su rostro y manos estaban llenas de rasguños y moretones, no podía moverse. No sabía quién era el espectro en la cama, no me atreví a tocarlo, pensé que le dolería incluso si le daba la mano. Hasta que me acerqué y estiré su mano hacia mí y dijo: ¿Quién es esta señorita que me viene a ver?

Ahí recién reconocí la voz y la sonrisa. Era mi padrino! Mi proveedor de guagüitas!!! La persona que yo conocía. No sabía en ese momento que él era ya una persona diferente, tampoco sabía que yo también sería diferente desde ese día.



11 AÑOS

Claudia Castillo Merino. Jueza de Familia de Concepción.

Entre 10 y 11 años tenía, alrededor de 10 en realidad. Recuerdo el color rojo de los claveles arrojados al desierto, las mujeres, los domingos de mañana, escarbando la tierra en el desierto, tan árido, tan grande, tan inmensamente grande como el mar. Siguiendo una pista, pasada de boca en boca. Buscando una ilusión, algún rastro, una trazo de ropa, algo, cualquier cosa, algo que les diera certeza. Esperando encontrar, o tal vez no, para seguir con la esperanza de qué tal vez sí. Recuerdo los claveles, el miedo también, de ver esos claveles acompañados de mucha gente, gente vigilada, acechada por uniformes y metrallass. Yo siento miedo, mucho miedo, pero ellas no. Ellas siguen y siguen incansables, escudriñando en la tierra, bajo cada piedra, cada roca, en el desierto, todos los domingos, sin descanso. 10 u 11 años tenía. Recuerdo a mi padre, valiente, desafiando el miedo, acompañando y defendiendo a esas mujeres, enseñándome tal vez sin querer, que todo vale la pena por la justicia. Se hicieron parte inseparable de mi historia, me marcaron a fuego, con el calor seco e incesante del sol de la pampa calameña. El buscar incansablemente una respuesta, buscando justicia, buscando verdad, una razón.

Así, buscar la justicia se transformó en mi razón, la razón que me lleva al hoy, que me motiva, me llena, me mueve, con otras caras, otras personas, otras historias...otras injusticias, otros desiertos, distintos, desiertos de cemento, también sin respuestas. Buscar y seguir buscando, algo que algunas veces creo que está en mis manos, pero no, se me escapa, a veces pierdo la esperanza, pero sigo tratando. Veo a mis hijas, mi hija menor, también a sus 11 años, trato de enseñarles que es posible un mundo, un país más justo, que a pesar de todo, lo que ven, lo que escuchan, vale la pena seguir, vale la pena luchar, caerse, frustrarse, pero es necesario, seguir buscando, tratando, seguir luchando, aunque aparezca de nuevo el desierto, los claveles rojos y el miedo. Es imprescindible volver a la niñez, a la esencia y a la inocencia, a los 11 años, a buscar la razón que ha movido mi vida, sino: el vacío. Me pregunto para que, no hay razón, sólo ambición, poder mal entendido, no logro comprender. Así, nuevamente me levanto, sigo porfiando, me sigo ilusionando, sigo peleando y soñando, con qué tal vez, ojalá, todo haya valido la pena, si no es hoy, será después, desterrando los desiertos, los claveles echados al viento, los miedos, para vivir más libres, más iguales, con más justicia, tal vez a los 11 años de las hijas de mis hijas, el desierto, sus piedras y su aridez, ya no estén. Tal vez...



DESFILE

Carla Valladares Perroni. Jueza Juzgado de Familia de Talca.

Todos los años de mi enseñanza básica transcurrieron en plena dictadura militar. Empezaba el mes de septiembre y el colegio se aprestaba a ensayar el desfile de las glorias del ejército; por las mañanas, las alumnas del colegio formaban filas y columnas alrededor del patio y comenzaba la marcha, desplazándonos erguidas, a paso fuerte y firme y al son de una música marcial. Como niña, aquellos ensayos me parecían divertidos, pero más me emocionaba la idea de que el domingo respectivo, por la mañana, me encontraría con mis compañeras, todas vestidas de uniforme, pero esta vez con calcetas blancas y guantes blancos, listas para avanzar coreográficamente marcando el paso en un perímetro determinado de las calles de mi ciudad. Ningún año llegué el domingo a desfilarme y no entendía el por qué.

El silencio, por años en mi casa, era una forma de sobrevivencia. La cautela y prudencia se imponían frente a una niña que por ingenuidad o espontaneidad, podría haber repetido información que hubiera significado la persecución y desaparición.

Años después, cuando retornó la democracia, empecé a leer libros prohibidos y ocultos, en mi hogar se oyeron las palabras dictadura y golpe, se conversó sin tapujos sobre violaciones a los ddhh; y todo cobró sentido, supe por qué nunca mi padre y madre me llevaron a desfilarme.-

Mi rol está en mi vocación, mi vocación viene de mi historia, mi historia me dice que nadie debería callar una explicación o una opinión por miedo. Espero poder ser garante de ello.-

Me permito introducir un poema de mi padre (mi Bardo):

INFORME RETTIG

¿Qué te parece sutil amiga mía?

Este largo obituario

nos confirma

que de Fredy a Rodrigo y Carmen Gloria,

mucha sangre

pagó el precio

de seguir nosotros existiendo.



NO FORMA PARTE DE MI INFANCIA

Gonzalo Celedón Bulnes. Juez del Juzgado de Garantía de Rancagua.

Nací en dictadura, aunque en suelo extranjero. Llegué a Chile con solo 6 años, mis recuerdos anteriores, del tiempo que estuve en Holanda (Países Bajos) son sólo los recuerdos de eventos familiares no muy distinto a la experiencia de los niños que nacieron en Chile en la misma época, supongo. No puedo sostener que me haya afectado la dictadura más de lo que afectó a todos los demás niños que vivían en este país. Sólo supe que mis padres y tíos maternos fueron exiliados y que un momento a mis padres les autorizaron a volver.

De adulto supe, a cuenta gotas, las experiencias vividas por mis padres, y mis tíos y abuelo maternos, de la persecución, prisión política, torturas, vejámenes sexuales, desarraigo, consejos de guerra, probablemente aún hay partes que no he sabido y que probablemente no me cuenten. Pero, afortunadamente, no son relatos que forman parte de mi infancia. Si conocí en mi infancia de las protestas por fin de la dictadura, de la represión del Estado por medio de Carabineros y las FFAA, de disparos a civiles desarmados, de allanamiento a poblaciones, de censura, degollados, persecución, clandestinidad, toques de cacerolas y apagones, jóvenes quemados, todo esto como parte del noticiario, como una realidad cercana, pero no propia o familiar, mis padres protegieron mi infancia.

Hoy sé lo que pasaron, con la distancia puedo ver la atrocidad de la violación de los Derechos Humanos y la profunda herida que deja a quienes la sufren. Duele ver como hay personas que lo justifican, como si fuere un mal necesario, lo que marca una distancia moral insalvable entre los promotores, ejecutores y defensores de la dictadura y quienes lucharon contra ella salvando al mismo tiempo la salud mental y emocional de sus hijos.



LA HABITACIÓN CLANDESTINA

Marcela Valenzuela. Juez de Familia de Valparaíso.

Llevaba un minuto o tal vez casi una hora mirando fijamente por los postigos de la ventana de mi habitación, que era también la de mi madre, la de mi abuela y la de mis hermanos algunos días, los que llegaban de la ciudad y bajaban de esa micro verde ruidosa manejada por ese señor de mal humor que solía ver en la casa de mi abuela y que allí, con unas copas de más, había visto sonreír.

Sin que las palabras se armaran en mi cabeza de niña de 8 años, me albergaba esa mezcla de sensaciones: ansiedad, miedo, angustia y también una profunda esperanza que cso lo la infancia nos puede regalar. Esa casa húmeda, aterradora a ratos, fantasmagórica, pero tan inmensa y luminosa era el escenario perfecto para reunir a todos esos personajes garciamarquianos que vería la noche de ese y los días que vendrían a través de la rendija de la puerta de la pieza contigua a la habitación comunitaria.

Ahí estaba don Ramón con ese gesto repetitivo de languetarse los labios, el señor que tenía el monopolio del cobro del agua potable del pueblo, mi profesora normalista con un deajo de Gabriela Mistral, la joven universitaria, con esos aros largos de feria artesanal y pañuelo colorido al cuello, el mediero que todos los inviernos traía sacos de legumbres a la casa, un grupo de pescadores con sus gorros de lana, y ahí en medio de todos ellos, mi madre, sacando una voz fuerte y clara que en mi vida le había escuchado.

“Queridos compañeros: Este será el lugar de reuniones clandestinas de la Campaña del No, tenemos que organizarnos, van a visitarnos personas importantes que”...y, entre medio, y con esa dispersión que a todas las mujeres de la familia nos caracteriza, preguntó mirando a su interlocutor: ¿Y por qué no vino su hija don Ramón?, luego de responder que sin falta asistiría la próxima oportunidad, prosigió: “tenemos que derrocar al dictador, tenemos que ser libres, tenemos que perder el miedo a pensar, a hablar, unirnos más que nunca y recuperar las calles, los rostros, la esperanza, el futuro.

Así, fueron pasando las semanas, el último día se firmaban documentos, se otorgaban tareas a todos, el nerviosismo embargaba, los niños jugábamos con volantines coloridos que decían No, la escuela de mi pueblo era el local de votación, el conteo de votos, ya de vuelta reunidos todos en mi casa viendo el único canal de televisión que se podía, golpeteos nerviosos en la mesa, piernas tiritando, otros comiéndose las uñas, hasta que, con esta visión me venció el sueño, desperté al otro día, era 05 de octubre de 1988, mi hogar era una fiesta, pocas veces he sentido tanta felicidad a mi alrededor, llantos de emoción, abrazos y más abrazos, y mi madre diciéndome; “hija, ganamos, la alegría ya viene”.

Hoy me pregunto, haciendo eco de aquella frase: ¿la alegría llegó?, en fin, lo demás es historia conocida.

SIN MIEDO

María Soledad Piñeiro Fuenzalida. Ministra de la Corte de Apelaciones de Valdivia.

Hace un tiempo una de mis hijas me preguntó a qué le tenía miedo. Luego de pensar un rato dije que me atemorizaba la exposición de mis hijos, de ella, a algún dolor, porque eso también me duele, más si nada puedo hacer para aliviarlo. Pero también le dije que en general no soy miedosa.

Sin embargo, su pregunta me remontó al tiempo en que teníamos miedo, me acordé de la película que vi cuando era estudiante de derecho: El año que vivimos en peligro. Es como el título de gran parte de mi vida, de nuestras vidas. Convivíamos con distintos tipos de miedos. Al principio, desde muy niña, había que guardar silencio, no decir quiénes éramos, cómo era tu familia, en qué trabajan o habían trabajado tu padre o madre, aprender a reconocer preguntas cuya respuesta real debías evadir. Ya más grande, en plena adolescencia, tenías que aprender a tener cuidado de con quién hablabas y de qué, en quién confiabas... incluso a dudar de tus profesores (a esas alturas habían llegado algunos rumores de estudiantes y profesores denunciados que nunca más volvieron). En la calle, tenías que fijarte si alguien te seguía, ¿y qué hacer si sucedía? Una respuesta difícil; dependería de la situación. En una época sin los medios de comunicación inmediata de hoy era más fácil el control por la instauración del miedo, ya se sabía de muertes, desapariciones, exoneraciones. Además, había censura a la prensa. Hoy esas mismas tecnologías también permiten infundir miedos, tal vez otros miedos. Lo irónico es que, en esos tiempos, no saber era una forma de protección para uno, la familia y amigos.

Después de pensar en estas vivencias y rememorar esos sentimientos, me di cuenta que en esos momentos no sabía que tenía miedo, lo que en realidad supe después, cuando ya no temía. Con los años me he dado cuenta de que las personas, en general, se paralizan con el miedo, en cambio yo me activo, quiero enfrentar la situación, hacerla desaparecer. Ya de grande, tuve que ayudar a un hijo pequeño a respirar porque se atragantó con un palo, tuve mucho miedo, pero actué rápido, se lo saqué y pudo respirar. Hoy es una anécdota familiar. Tal vez por eso, en esos años, decidí actuar, aun con miedo, para que esa realidad desapareciera. Tal vez por eso llegué aquí. No quiero que otros vivan con miedo.

LA ESQUINA

Susan Sepulveda Chacama. Jueza del 3° Juzgado de Familia de Santiago.

Querida Susan:

No te preocupes, esto que ves y esas historias tormentosas que escuchas pasarán, lo recordarás como si hubiese pasado ayer, pero será necesario hacerlo a diario.

Sé que hace poco recorriste esas esquinas, las mismas donde veías a tu mamá gritar, cantar y golpear ollas. Te detuviste a ver si aún seguía ahí esa animita cerca del quiosco de revistas que estaba camino a la librería "Tres Ele", tu ruta en busca del material para artes plásticas o cuando perdías los lápices. Esa ruta no debía ser peligrosa para una niña, no eran más de quinientos metros de casa, pero un día algo cambió. Era un día de protesta, algo nada sorprendente en tu historia infantil, unos silbidos a la distancia anunciaban que algo ocurriría y si era de noche había que ir en búsqueda de velas y linternas. Pero esa vez era de día, mucha gente en la calle y mucha represión, bombas lacrimógenas en los techos de las casas, incluida la tuya, bombas en los patios de la escuela D-21 Tucapel justo al lado de tu sala cuando sólo tenías ocho años de edad. La fecha en que eso ocurrió en la memoria es confusa, el único recuerdo son murmullos hablando acerca de un disparo a un joven en una esquina, no sabías qué esquina, la información fue aumentando en detalle, fue un disparo en la frente y muy cerca de su cara. Qué extraño todo a esa edad, cómo comprender que a alguien en una esquina un Carabinero le dispare en su frente. Cuando seguía llegando más información sólo escuchaste en voces adultas que era joven y sólo estaba parado mirando, seguramente protestando, tal como lo hacía tu mamá y las vecinas. No supiste más, días después fue el funeral, el más masivo que habías visto a esa edad, era una marcha y funeral a la vez, saliste a mirar a la calle, no hay recuerdo de quien te acompañaba en ese momento, el recuerdo es que tu mamá y tu papá eran parte de la marcha cargada de dolor, gritos y cantos de protestas. Un féretro cargado por la multitud se sostiene en tu memoria visual, es lo que impera en tu registro, como una fotografía incrustada en el cerebro. No hubo memoria emotiva acerca de ese suceso, no hay recuerdos sobre temor, dolor o rabia.

El uno de noviembre de dos mil diecinueve saliste a la calle con tu cámara a registrar una marcha de mujeres, en el camino una performance de un grupo cargando a una recostada y la memoria emotiva se activó, lloraste y recordaste que no hubo temor ni el día del funeral aquel ni después cada vez que pasabas junto a esa animita, sólo tristeza. Recordar emotivamente ese momento aquel 2019 y hoy es lo que debes seguir haciendo Susan, registrar, transmitir siempre te hará bien. La memoria de los horrores vividos y oídos sólo te permitirá seguir creciendo y creyendo en la memoria colectiva como sinónimo de justicia.



MI RELATO... PARA NO OLVIDAR EN 2023 LO DE MEDIO SIGLO ATRÁS

José Ignacio Rau Atria. Juez del Tribunal de Juicio oral en lo Penal de Temuco.

Hace 50 años escuché "¡Aléjate de la ventana!". Eso recuerdo que dijo mi madre una mañana en Punta Arenas. Era en aquel septiembre, el de 1973. Luego, los toques de queda, marcadores del momento de guardarse, y muy de prisa llegar a casa. Tenía solo 5. Evidentemente, no supe el por qué. Sólo un buen tiempo después, con algo de conciencia, caí en cuenta del significado de esa orden y del ambiente ensombrecido en que se gestó.

Santiago, luego, me abrió los ojos y el pensamiento. Cursar colegio en pleno barrio Bellavista, contribuyó en ese proceso. La Escuela de Derecho de la Chile, fría e imponente, era testigo, no tan inerte, de mi deambular adolescente por ese lugar. Muy adulto, sellaría un hito en mi vida profesional.

Plaza Italia, con el paso estremecedor de vehículos militares por las calles circundantes, y hasta iniciados los 80, fue mi centro neurálgico vital. Dos años más tarde regresaba del exilio un tío que vivió la experiencia del Estadio Nacional, la ex Penitenciaría y una que otra brutalidad. Conocí su historia y la de muchos. Estaba adquiriendo la convicción acerca de la atrocidad que experimentamos cuando niños y adolescentes desde aquellos primeros años en dictadura. Claramente como escolar, apenas lograba distinguirlo. El silencio obligado por el autoritarismo reinante lo hacía imposible.

Un intento de no perderme en el tiempo post Liceo, antes de enfilar hacia el Derecho, en 1986 me tuvo en el campus del ex Pedagógico de Macul, metido en las asignaturas de la historia y la geografía, pero 36 horas de una detención ilegal, junto a otros 10, me hicieron recorrer, a golpes de luma, el pasillo de un bus policial y luego un carro celular hacia la comisaría más cercana. Nadie más que algún compañero sabía de mi paradero. Sentí los cañones de escopetas en la sien, tirado en el piso de un mojado patio techado y terminé conociendo los pasillos lúgubres de la cárcel pública, liberado a la media noche del día siguiente, porque, por cierto, no había mérito para estar ahí. No lo hubo para toda la barbarie que se vivió.

La carrera la emprendí en la casa portaliana. Apasionados maestros del Derecho y de lo humano, me enseñaron lo necesario para terminar de entender todo aquello que nos estaba mortificando. Las protestas incesantes y las multitudinarias marchas subsecuentes, profundizaron ese convencimiento.

El paso aún de tanques por las avenidas de mi barrio seguiría angustiándome, hasta que la raya de un lápiz permitió recuperar la mancillada democracia.

Abandonando lo privado a fines de siglo, afloraron mis intereses en la judicatura, misma que, antes que yo, abrazó mi padre en los tiempos más convulsos. Sus pasiones y esperanzas me fueron legadas al morir. La academia, las potenciaría.

Finalmente diplomado en la casa de Bello, en pleno nuevo milenio, comprendí que los adjudicadores, todos, debíamos formarnos especialmente en Derechos Humanos. De cada una de sus expresiones, en un Estado Constitucional y Democrático, somos a la postre los jueces garantes, y lo debemos recordar, para no repetir.

YO NACÍ EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Raúl Valenzuela Rodríguez. Juez del Juzgado de Garantía de Los Andes.

Yo nací el 11 de septiembre de 1973. Es imposible distar la multitud de niños y niñas nacidas ese día en Chile.

Chile entero ese día se transformó en un lugar imposible de distinguir. Una especie de fantasma. Sinónimo de ausencia. Espacio vaciado.

A lo mejor por eso me apuñé a las palabras. Porque palabras era lo que teníamos. Recuerdo a mi mamá escribir el nombre de mi tía con grandes letras en la caja envuelta una y otra vez para la encomienda que enviábamos a Venezuela:

ANGÉLICA

No había mucho más. También existían fotografías que yo miraba para asociar a los nombres sin cuerpo que escuchaba en mi casa.

También existía el silencio. Por eso sé que eran cuerpos. Esos nombres develaban la afasia que los constreñía.

Los niños y niñas deambulábamos entre parajes mudos.

Fuera de nuestras casas no podíamos decir esos nombres. Ciertas palabras estaban proscritas.

A veces era al revés. Un "tío", una "tía", que habían abandonado sus nombres eran confinados a mi pieza.

Afuera, entonces, los niños y niñas guardábamos esa mudez.

Y el silencio se convertía en nuestra militancia.

No obligación, sino militancia. Y usted me dirá que no existe mucha diferencia. Y es verdad.

Pero sí elegí el silencio. Porque si bien a esa edad no tenía el vocabulario para enunciar el miedo que nos aplastaba, de alguna manera sabía que ese silencio era una especie de escudo contra la catástrofe que circundaba mi casa. Las niñas debíamos tener cuidado, porque cuidábamos de otros. Cuidar fue nuestra primera forma de amor. Nuestra primera militancia entonces.

Tampoco sé si en la infancia se pueden elegir muchas cosas. Y de adulto ¿se puede? Uno de mis tíos trabajó en el PEM o el POJH. No sé bien. Reviso los datos hoy: el sueldo era de un dólar y fracción. ¿Se puede elegir eso?

Yo creo que por eso me hice juez. No mi pasión por el derecho, ni mi amor a la justicia. Una forma de estabilidad y de silencio. Una forma tranquila de cuidar de otros con las palabras.

Porque cuando uno es juez no es que uno elija muchas cosas, pero se puede cuidar de otros.

Y es que el oficio del juez es un ensayo de vocablos y el vacío que los limita. Y en eso se parece a la poesía. Uno habita entre las palabras que tiene disponible en el diccionario y el silencio que las separa. Sigue siendo una militancia del silencio y de las palabras.

Por eso cuando veo esta foto (del Pleno de la Corte Suprema) pienso en las palabras y en el poema de Huidobro:

El adjetivo, cuando no da vida, mata.



¿POR QUÉ NADIE ME CUENTA LA HISTORIA?

Gonzalo Martínez Merino. Juez del Juzgado de Letras y Garantía de Los Vilos.

Mis padres no me hablaron de lo que pasó en Chile. Nunca pronunciaron las palabras apropiadas. Tampoco los textos de historia lo hicieron. ¿Villalobos? ¿Frías Valenzuela? No hay posibilidad. Tampoco lo escuché de mis profesores. Viví mi curiosidad en otro país. Era un niño privilegiado y siempre lo fui.

Desde pequeños, nos esconden las palabras. Nos cuentan historias, muchas de ellas equivocadas. ¿Será por rencor, mezquindad, indiferencia?

En 4to básico, ponía mi mano derecha en la altura de mi corazón todas las mañanas, y juraba: *"I pledge alligence to the flag of United States of America..."* Mrs. Watterson, mi profesora, me enseñó en clases de historia lo necesario: *"USA has never lost a war. It's the strongest country in the world. Land of the free. Home of the brave."* ¡Me fui feliz ... le conté a mi papá que vivíamos en el mejor país del mundo!

¡Qué estragos produce el lenguaje!

Mi papá me respondió que la profesora se había equivocado. ¡USA perdió la guerra de Vietnam! Mi papá no podía mentir. Al día siguiente, hablé con mi profesora, le dije frente al curso que USA sí había perdido una guerra contra un país lejano. Lo hice utilizando el viejo argumento de autoridad: *"My dad said..."*. Me sentí victorioso.

Pronto ella me corrigió, con su rostro inflado, quizás indignada por este niño insolente: *"We didn't loose the war. We just withdraw. Your dad is wrong"*.

¿Qué pretendía esa respuesta a un niño de 9 años? ¿Por qué no me enseñó algo verdadero? Algo real. Faltó generosidad. Solo exige franqueza.

Hoy lo entiendo. El patriotismo ciego. Ese fue mi problema entonces. Ese es mi problema hoy. Existe una costumbre de esconder las palabras. Relativizar. No decir. Despreciar.

Hasta mi adolescencia, nadie me habló de un golpe de estado en Chile. Mis padres no utilizaron las palabras dictadura, masacre, militares, tortura, injusticia ni genocidio. No me contaron historias. Fue otra la injusticia que me llenó las venas hasta el día de hoy.

Después de tantos años, entiendo que hay palabras que es mejor no decir, porque significan. No escribir. Lo veo como adulto. Lo veo en el trabajo. Lo veo este año. Es mejor esquivar. Hay vergüenza. Hay desprecio. No hay memoria.

No es culpa de mis padres, tampoco de los libros. Pero yo soy papá. Quiero explicarle a mi peque que la pobreza es involuntaria, digan lo que digan. Necesito dibujar la injusticia con sus colores y matices; que valore las palabras identidad, un "nunca más". Quiero hablarle de los discursos de odio, del racismo, del fanatismo. Ir al Museo de la Memoria y que no lo cierren nunca. La dignidad exige ser audaz.

Me gusta mi trabajo porque escribo historias de lo real. Uso el lenguaje, sin excepciones ni matices: Igualdad, segregation, inmigración, poor, pueblos originarios, racism, mujeres, threat. Puedo ser un narrador. Las sentencias impiden olvidar.



DIAS DE SOMBRAS, AMANECER DE ESPERANZA, FUTURO DE ALERTA

Nury Benavides Retamal. Juez Oral En Lo Penal de La Serena.

Siendo alrededor de las 03:00 horas del día que vistió de luto a nuestro país, 11 de septiembre del año 1973, Eduardo, con 33 años de edad, funcionario de la Policía de Investigaciones de Chile, asignado a la Moneda específicamente a la seguridad del Presidente Salvador Allende G., junto a otros compañeros estuvo hasta la hora antes referida en la casa de Tomás Moro, retirándose luego a su domicilio particular.

Que aproximadamente a las 07:00 recibe una llamada de colegas que se encontraban de guardia en la Moneda a fin de que se constituyera en el lugar, dado que existían rumores acerca de un posible levantamiento, nada en concreto aún, lo que obedeció, en la Moneda, el Presidente Allende les informó que había recibido un llamado telefónico dándole un ultimátum por parte de los golpistas, instantes en que además se encontraban con éste, sus dos hijas y su secretaria privada (Payita) y unas periodistas a las que obligó y les ordenó que abandonarían el palacio dejando a los detectives que estaban con él en libertad de decidir, agradeciendo que hubieran permanecido junto a él; que transcurridos unos minutos, y percatándose que era inútil continuar en palacio debido al incendio como consecuencia del bombardeo, y aconsejado por algunos funcionarios de gobierno, entre otros, ministros y médicos, se les ordenó salir del palacio; que descendieron por la escalera del 2° piso en dirección a la puerta de calle Morandé 80, precisando el Presidente que sería el último en salir, mismo a quien pudo observar al final de la fila de los funcionarios; que al acercarse la puerta de la calle antes referida pudo ver que el amigo personal del gobernante ex director de la Policía de Investigaciones de Chile "Coco" Paredes y el Dr. Bartulin intentaban mostrar a través de una ventanilla un delantal de color blanco, pero a consecuencia de los disparos dejaron de hacerlo, entonces Eduardo, al mirar al exterior por dicha ventanilla pudo ver un soldado, señalándole que saldrían, quien le ordenó que lo hicieran, sin armas, por lo que dejó la metralleta Walter que portaba, abrió la puerta, gritándole a sus compañeros que se encontraban detrás suyo que hicieran lo mismo. Que al salir un soldado lo colocó de frente al edificio de Obras Públicas, utilizándolo como escudo humano para luego lanzarlo al pavimento, procediendo a registrarlo encontrándole su pistola de servicio marca Browning y que dado los momentos intensos que vivía y el nerviosismo había olvidado quitarse, por lo que fue insultado y golpeado violentamente con armas; que encontrándose tendido en el piso, boca abajo pudo percatarse con horror como un tanque avanzaba en dirección a su cuerpo y al de sus compañeros, con la finalidad de aplastarlos, sin embargo, atento que en el lugar había gente del MOP y que ya habían llegado los carros de bomberos, quienes observaban tal escenario, los soldados

y los superiores que le daban ordenes depusieron su actuar homicida, percatándose de que habría demasiados testigos de la dantesca imagen. Que al día siguiente de tales hechos, fue rescatado del Regimiento Tacna siendo conducido al cuartel de Investigaciones, en dónde el nuevo Director designado por la Junta de Gobierno, General Ernesto Baeza, les manifestó "que en otras circunstancias habrían sido héroes por haber cumplido con su deber, pero que habían perdido y tendrían que atenerse a las circunstancias. Llamó profundamente mi atención, que Eduardo me comentó haber sido testigo directo, que mientras se producía el bombardeo, un funcionario le señaló al Presidente que se estaba quemando la sala donde se encontraba la "Declaración de La Independencia de Chile", ordenándole el gobernador que la sacara, lo que aquél cumplió, llevándole tan solo el manuscrito, mismo que el Presidente enrolló y colocó en uno de los bolsillos del saco que vestía en esos momento su secretaria, misma a la que observó salir y ser registrada por un militar quien le encontró el referido rollo, procediéndolo a romperlo, sin siquiera averiguar su contenido.

El relato que conozco de cerca, me ha servido a lo largo de mi trayectoria como Juez Penal, primero para ver que la vida es un instante, por lo cual debe valorarse tal derecho, impedir que éste y cualquier derecho inherente a la persona humana sea conculcado como ocurrió en la época de la dictadura donde hubo pocas banderas de lucha que se enarbolaron en nuestra institución para sacar a la luz la verdad de lo ocurrido; me ha llevado para examinar acuciosamente cada caso, cada juicio que se nos asigna, observar exhaustivamente cada prueba presentada a fin de no cometer algún yerro judicial; y personalmente, cada vez que me toca atender a un imputado comienzo pidiendo que le sean retiradas las esposas previa solicitud al gendarme encargado, teniendo presente que tengo enfrente a una persona, pienso calmadamente cada una de mis palabras y acciones a seguir, a fin de no pasar a llevar alguno de sus derechos contemplados no solo en la carta Fundamental, y tratados Internacionales suscritos por nuestro país. Estimo que todas las autoridades en el ámbito de sus competencias, tenemos la obligación de promover de respetar, proteger y garantizar los derechos humanos consignados en favor del individuo, los cuales son inalienables.



... a number got L 20 for the
... so I retired badly wounded
Smith called at night School last
day and told me he had seen
survived - so I asked him
remember me to you which I hope
warlet did. Have you heard the
of the German ... had his foot
off and asked the Irish private to
to the rear. On the way a she
off the German head ... Mick
... of the fact. On arrival,
... What's the good of bringing
... with his head shot off, Mick
head, is it say Mick " He told me
his fut " So Cheer up, he
... soon be up and doing,
... appreciate the liberty an



ASOCIACIÓN NACIONAL DE
MAGISTRADAS Y MAGISTRADOS

Comisión de Derechos
Humanos y Género
Asociación Nacional de
Magistradas y Magistrados

